

Dicha secuencia le hace reconocer en los regímenes del pasado francés un elemento sentimental que la Revolución Francesa cortó casi de cuajo, haciendo que la historia política de Francia perdiera su unidad, como pierden su unidad todos aquellos pueblos que no cuentan con un elemento que integre todos los cambios históricos, de tal modo que la marcha de la nación desde su más remoto pasado hasta los días corrientes, parezca orientada en una sola dirección prefijada ab eterno y por lo mismo segura y magnífica, aún cuando en la realidad esa nación haya cambiado la dirección de sus pasos en infinidad de ocasiones. Ese símbolo vivo que debe tener otra función que ser un elemento prestigioso, encarnación del destino histórico de un pueblo, puede ser, según el autor que comentamos, o una dinastía o un consejo de los miembros más virtuosos y más ancianos del país de que se trata.

En este marco sobriamente diseñado, hace lucir Pose páginas esclarecedoras en todos sentidos, diseños magistrales respecto del ambiente electoral, de las necesidades técnicas del gobierno en general y de los titulares de un gabinete en particular; subrayados magníficos acerca del usurpador (cf. Benjamin Constant) frente al miembro reinante de una dinastía, así como ceñidas distinciones teóricas de repercusiones incalculables, según es el caso de lo que hace respecto a la libertad y la justicia, la libertad y el derecho, ya que se encarga de demostrar no sólo que las dos primeras son enteramente distintas, sino que no existe un "derecho a la Libertad" sino "derechos a la liberación de determinados males"; pero, asimismo, se encarga de señalar que "la evolución de la libertad hacia la liberación acaba por poner en peligro la independencia frente al poder, que es la característica esencial de la libertad."

La obra, en cualquier sentido que se le considere, es magnífica: sus direcciones metódicas cuidadosamente pensadas y valoradas, su esquematización tanto teórica como histórica desprovista de sequedad, sus aportaciones introducidas sencillamente sin el propósito de abrumar snobistamente con su número o con su inflazón, así como el referirse a problemas que a todos nos torturan y que importan a la Humanidad entera, hacen de este un libro inestimable.

IBARRA, Carlos M.: *Teoría de México*. Puebla, 1943.

Ciento noventa y cuatro páginas constituyen este libro que —a menudo— nos sume en perplejidades pues sus conclusiones han resultado

ser, casi siempre, de lo más inesperado para nosotros, lo cual abona su originalidad aunque en pocas ocasiones atestiguan una fundamentación adecuada y convincente.

De aquellas conclusiones que el autor nos presenta y que parecen quedar ratificadas por la realidad de nuestro país se desprende un panorama sombrío y una actitud falta de fe hacia el desarrollo integral de México; esta actitud existe en el autor, no obstante las afirmaciones en contrario con que termina su obra.

Amargamente, nos plantea el problema del ser del mexicano en términos terribles, no obstante la dilución que del mismo tema se observa en ese escribir "a vuela pluma" que nos da una visión caleidoscópica más que una auténtica "teoría" de México.

Ese problema de verdadera ontología nacional que el autor plantea, es el cifrado en dos párrafos de su libro; y es de tanta importancia que, para cada uno de los mexicanos plantea el dilema hamletiano de ser hombre o de ser no-hombre; o sea, lo pone ante la opción de ser o no ser.

En efecto, nada hay más amargo y angustioso que afirmar que el nuestro es un "actuar sin recordar, sin adquirir experiencia, responder por reacciones momentáneas de tal modo que, entre nosotros, cada político pretende innovar y no continuar la obra de otros". Más tarde, ha de afirmar el autor, "el aprovechar (como lo hacemos) el instrumental sin poseer la idea que lo engendró, conduce a la brutalidad".

Si dicha conclusión (tras detenido estudio) resultara realmente aplicable a México, nos encontraríamos con nuestro ser de mexicanos reducido a la animalidad, ya que: el animal es un ser sin pasado, un ser que tiene que aprender por sí mismo, que "estrena su animalidad"; es, pudiéramos decir, "el eterno debutante"; mientras que el hombre es, según Ortega y Gasset "el gran heredero" o sea, aquel que resuelve sus problemas con base en lo hecho por generaciones anteriores. Si el hombre deja de resolver sus problemas con el instrumental que se le legó, o si lo utiliza inconsciente de su significación, el hombre deja de ser hombre, y esto es lo que afirma tácitamente Ibarra, si se tiene en cuenta el contenido de esos párrafos relativos al modo de ser del mexicano. Según esto, el modo de ser del mexicano equivale a un ser-no-hombre a un ser-inconsciente, y por lo mismo a un ser no-libre.

Aunque no sea esta última la conclusión precisa a que llega el autor, puede verse más tarde en su enfoque de la libertad que hacia ella apunta.

En tal parte de su libro, afirma que en México hay que entender la libertad como libertad de acción, más que como libertad de pensamiento, ¿pero quién si no es él podrá conceptuar ésa como verdadera, como auténtica libertad?

En este caso, en otros aspectos el autor cae a menudo en contradicciones que hacen desmerecer enfoques que podrían resultar brillantes. Así, nos asombra, al afirmar: por una parte que “el indio es religioso con sentido del pasado, el criollo (sic) es ritualista por sentir sólo el presente, los costeños y norteños son anticatólicos y con tendencias de afiliación a la francmasonería por causas diversas,” por otra parte llega a preguntarse “¿existe pues, unidad religiosa en México?”, y agrega “la respuesta se impone sin vacilación por la afirmativa”. Esta falta de compaginación lógica hace difícil de encontrar la solución final que propone el autor e impide hacer una valoración adecuada de un libro en el que parece haber hallazgos afortunados encubiertos con una exuberancia absurda de reiteraciones y de conceptos tambaleantes.

El autor podría lograr un gran libro si rescatara esos tesoros ocultos y los puliese mediante un sentido más estricto; él mismo debe tratar de salvarse de los riesgos de la improvisación que en su libro se encarga de señalar apropiadamente, como característica peculiar del mexicano.

DRIENCOURT, Jacques. *La propagande, nouvelle force politique*. Librairie Armand Colin. París, 1950, pp. 282.

Dentro de la colección de libros de ciencias políticas ofrecidas al público por la editora francesa de Armand Colín, contamos el presente volumen de uno de los más recientes ganadores del gran premio ofrecido anualmente por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas al más destacado investigador de estas materias. En él, se nos brinda una visión artísticamente acabada de la propaganda que, no obstante ser tan antigua como el hombre mismo, hubo de esperar hasta nuestros días para ser aplicada en gran y creciente escala al campo político.